

El otoño del patriarca: tres muertes distintas para un patriarca gay

Lo que distingue *El otoño del patriarca* de las otras novelas de dictador es una mayor identificación con los tiranos contemporáneos, un *modus operandi* más complejo, un final inesperado y, sobre todo, una estilística y una técnica narrativa que exigen una mayor dedicación del lector para captar la auténtica historia que su autor ha disfrazado en clave poética. Si nada es lo que parece, si todo simula ser distinto de lo que su esencia y consistencia requieren, la anécdota central de la novela no puede escaparse a esta ley.

Dado que a cada hombre le corresponde una vida y su respectiva muerte —salvo credulidad de reencarnaciones o vidas ultraterrenas en contra—, el patriarca, como ser excepcional, se saltará a la torera este requisito y morirá, a primera vista, dos veces. Debiendo ser estas muertes sucesivas, lo lógico será que Gabriel García Márquez —enemigo de los caminos trillados— invierta su orden de aparición dándole al lector la oportunidad de cooperar en la obra creativa.

La «primera muerte», el enfrentamiento personal cara a cara —casi un *tête à tête*— del patriarca con la muerte aparece al final de la novela en la página 269: «y entonces la vio, era la muerte... la suya... vestida con una túnica de harapos... con el garabato de palo en la mano y el cráneo sembrado de retoños de algas sepulcrales... y los ojos arcaicos y atónitos en las cuencas descarnadas»¹. La implacable lo llama por su nombre —«Nicanor, Nicanor»— y exige que se cumpla la sentencia, aunque el patriarca no está, en absoluto, de acuerdo: «él dijo que no, muerte, que todavía no era su hora, que había de ser durante el sueño en la penumbra de la oficina». La muerte, taxativa, zanja la cuestión: «HA SIDO aquí». El

¹ García Márquez, Gabriel: *El otoño del patriarca*, Editorial Plaza y Janés, S. A., Barcelona, 1975.

patriarca, desde ese mismo momento, es un personaje del pasado *sometido a las limitaciones gestuales y verbales* propias de un cuadro. La época literaria de los convidados de piedra parlanchines es agua pasada.

La «segunda muerte» —que el lector conoce en primer lugar— se presenta así detallada en las cabeceras de los seis capítulos: su hallazgo (pp. 5-10), descripción de las características del cadáver (pp. 47-49), similitud del cadáver del patriarca con el de Patricio Aragonés (p. 89), embalsamamiento (p. 129), maquillaje (p. 169) y aparición en todo su esplendor del «cadáver de vitrina» (p. 219).

Hasta aquí, la existencia de «dos muertes» para el patriarca está dentro de la lógica más elemental. Dado que el dictador es un hombre público con derecho a su *privacy*, bien puede tener dos muertes: una privada y otra pública. Que el orden de ambas muertes aparezca en la novela en orden inverso al ritmo natural de los hechos no parece ser responsabilidad del autor colombiano sino del narrador «nosotros» que prefiere dar mayor densidad a la vida política del hijo de Bendición Alvarado que a su vida de simple mortal. Incluso el cambio de lugar del hallazgo del cadáver del patriarca —se muere en el dormitorio de los tres cerrojos, los tres pestillos y las tres aldabas (p. 269), pero dicen haberlo hallado en «la oficina disimulada en el muro» de la sala de audiencias (p. 8)— parece orientado en el sentido de dar primacía a su carácter político que lo presenta con la aureola de haber muerto según exigían las profecías.

Ahora bien, a excepción de esta situación de supuesta decoratividad política que parece justificar la mentira sobre el lugar de la muerte del patriarca, el resto de la descripción de ambas escenas —la de la muerte *privada* y la del «hallazgo» en la página 8 que culminará en la exhibición *pública*— no está constituido más que por ambigüedades, incoherencias y fallos lógicos que atentan sustancialmente contra la trama argumental. De hecho, NO HAY NADA —pero absolutamente nada— que calce correctamente en esas dos muertes que son el haz y el envés de un mismo hecho. Ni siquiera hay lógica en esas muertes tomadas aisladamente.

Escuchemos la «muerte privada» de boca del narrador. ¿Quién cuenta esa muerte privada? No puede hacerlo el propio patriarca porque él no puede saber que quienes encuentren su cadáver mentirán respecto al lugar en que fallece —«había sido aquí... aunque *los que encontraron el cuerpo habían de decir* que fue en el suelo de la oficina... para no contrariar los augurios de sus pitonisas» (p. 269)—. Es evidente que quien narra no puede ser el patriarca sino alguien conectado, en alguna forma, con quienes dicen —en la página 8— haber encontrado el cadáver en la oficina de la sala de audiencias. Ahora bien, siendo ése el narrador, está claro que parte de lo que cuenta tiene que *inventarlo* porque detalla los hechos de la muerte

del patriarca sin haber estado presente en ella. (El patriarca duerme solo en su habitación bien protegido por aldabas y cerrojos, y la persona más cercana a él es «un oficial de servicio... frente al dormitorio» —p. 207—. Nadie más que el propio tirano puede saber la hora exacta de la muerte —las «dos y diez»— y sólo él puede describir con todo detalle el aspecto de la muerte —p. 269—.) Puesto que el patriarca no puede hacerse cargo de la narración de su propia muerte, quien lo haga utiliza su propia voz con la cual *puede añadir de su cosecha todo cuanto quiera*.

La razón que se da para mentir sobre el lugar en que la muerte sorprende al tirano —«para no contrariar los augurios de las pitonisas»— es una argumentación que tampoco puede conocer nadie a excepción del propio patriarca. En primer lugar hay un error en el plural —«pitonisaS»— porque es una sola pitonisa —la de los lebrillos— la única capaz de leer un destino que se muestra esquivo a las echadoras de cartas y demás métodos tradicionales (p. 96). Es únicamente ella quien le promete que morirá «acostado bocabajo en el suelo, con el uniforme de lienzo sin insignias... [en] la oficina contigua a la sala de audiencias... durante el sueño y sin dolor» (p. 97). Pasemos a otro gazapo de mayor consideración: el del conocimiento de la profecía por alguna otra persona distinta a la del patriarca. Cuando el tirano ha oído la profecía de las gracias así: «asesinó a la anciana... para que *nadie* más conociera las circunstancias de su muerte»; ¿el procedimiento?: «la estranguló con la correa de la espuela de oro». Si *nadie*, excepto el patriarca, conoce la profecía que designa la oficina contigua a la sala de audiencias como el lugar en que sobrevendrá al patriarca la muerte natural, pero el narrador la conoce y da cuenta de ella al lector, es preciso que concurra alguna circunstancia que facilite este despropósito que está instalado en el punto de vista del narrador. Son dos las posibilidades. La primera, que la profecía tenga una lectura en clave metafórica, orientada más hacia una *maldición* que hacia una promesa de dilatada vida natural. Este enfoque daría razón del proceder del patriarca, que asesina a la pitonisa, pero mantiene la imposibilidad de que el narrador haya podido enterarse de lo sucedido con la anciana de los lebrillos porque el tirano va en su busca «en secreto». Claro que el asesinato no necesita justificación alguna ya que es un acto de imposible ejecución. «La correa de la espuela» —de cualquier espuela— no da para mucho más que para estrangular a un gorrión, con lo que el episodio de la pitonisa de los lebrillos se muestra al lector en su flagrante papel de perro hinchado destinado a despistar al lector —que no piensa en una lectura en clave histórica, única parcela donde la anécdota tiene cabida—.

El balance de este análisis arroja los siguientes resultados: primero, que no habiendo asesinato de la vidente tampoco hay profecía que prometa una

muerte natural después de una dilatada vida —de modo que el patriarca podrá perecer de la más común de todas las «enfermedades de rey» (p. 221) que se conoce: el asesinato—; segundo, la vida —como la muerte— del patriarca se halla sometida a lo que de él quieran narrar unos personajes —«nosotros»— que entregan al lector la verdad envuelta en ropajes metafóricos del más dificultoso análisis.

Ahora hay que detenerse en el nombre que la muerte da al patriarca: «Nicanor» —*hombre victorioso*—, ¿puede el patriarca ser llamado en verdad «hombre» si es homosexual de tomo y lomo? (Y lo de menos son los escarceos con la chiquilla de la página 222. Jugar a «médicos» es un aprendizaje con carta de legalidad en cualquier tratado de psicología adolescente.) Me estoy refiriendo a los vergonzantes «masajes» nocturnos que el patriarca se autoadministra con una constancia digna de mejor fin: «no conseguía dormir sin antes aplacar en el cuenco de la mano con un *arrullo de ternura* de duérmeme *mi cielo* al niño... *del testículo*» (p. 119). (Que el pene no sea sino una «hernia» del testículo —«al niño del testículo *herniado*» [p. 119]— además de ser una inteligente y peyorativa metáfora para un vocablo casi saturado de eufemismos, advierte el uso *secundario* —y apartado de sus clásicas funciones— que el patriarca hace de su aparato genital.)

Tampoco hay que dejar de considerar la postura femenil que el patriarca adopta para desalojar su vejiga —«sentado» (p. 70)— (Marañón hubiera tenido más que suficiente para una biografía psicológica); ni olvidar el entretenimiento preferido del patriarca para matar el tiempo —siempre monótono para un dictador que gobierna mediante validos—: «les ponía el termómetro a las vacas» (p. 125), donde el aséptico término médico que designa el sexo se conjuga con la metáfora de designar como «vacas» a sus compañeros de francachelas. Esas «vacas» no son de la clase de las que dan mantequilla porque «dan» otro producto mucho más necesario al patriarca: las «bostas» que el dictador enciende antes de irse a dormir (p. 68) como preámbulo apropiado para los «masajes» autogratificantes. Esas bostas señalan directamente a la droga más común con nombre femenino. (También habrá «vacas» que le proporcionen «leche» —dinero— con que financiar las numerosas fuerzas armadas. Estas otras vacas se dejan esquilmar como corderos antes que dejarse insertar el termómetro «herniado» porque todavía hay clases entre quienes soportan las veleidades de un tirano.)

Es cierto que la etiqueta de homosexual que le he colgado al patriarca aparece como un sambenito fuera de lugar si se piensa que el tirano tuvo más de mil concubinas y más de cinco mil hijos. Bueno, eso es lo que Gabriel García Márquez quiere que se trague el lector ingenuo. Pero si se observa cuidadosamente la cita de la página 50, lo que allí se dice no hace sino confirmar la incapacidad sexual del patriarca: «Se estimaba que en